
PASIÓN POR LA PAZ

“Haciendo la paz por la sangre de su cruz” (Col. 1,20)

Un tiempo de guerra.

Escribo esto mientras la guerra hace estragos en Ucrania. La gente está muriendo, un país entero está siendo destruido y cada día se extiende el sufrimiento. El mundo apenas está emergiendo de dos años de pandemia del Covid que nos había sumido en la oscuridad de la muerte, el dolor y una gran incertidumbre. La gente pregunta, ¿hay algún final para la pesadilla? Empecé a escribir esto como parte del Jubileo para señalar los 300 años de vida Pasionista. Mientras tanto, ha estallado la guerra en Ucrania y todo ha cambiado. Todavía queremos dar gracias a Dios por San Pablo de la Cruz y por todo lo que Dios ha dado a la Congregación para el servicio de la Iglesia y del mundo. Nos encontramos en un momento de crisis y oramos por la ayuda de Dios. Tenemos que hacer una pausa, reflexionar y orar por el pueblo de Ucrania y el mundo entero, y preguntarnos qué puede estar pidiendo Dios a la Iglesia ya los Pasionistas en las terribles circunstancias de estos días y del futuro.

Hay guerra en Ucrania, pero el mundo entero está dividido y muchas personas se sienten vulnerables e inseguras. Es una atmósfera que puede derivar fácilmente hacia una polarización aún mayor y una desconfianza mutua. Maliciosos políticos en todas partes están explotando los temores de la gente para su estrecha ventaja política. La desinformación aumenta los temores de las personas y esto conduce a más ira y resentimiento hacia aquellos que son vistos como diferentes y considerados como una amenaza.

El miedo, la sospecha y la desconfianza siembran las semillas de la ira, el odio y la violencia. La compasión y la comprensión de los sufrimientos



de los demás se vuelven cada vez más difíciles. La decencia humana y el respeto pronto se olvidan. En estas circunstancias, nuestra propia humanidad está en peligro. Los discípulos de Jesús deben ser los primeros en resistir el movimiento hacia la inhumanidad y buscar un camino a seguir, una solución justa a estos muchos y difíciles problemas.

Una misión de paz.

Jesús anunció la llegada del Reino con sus palabras y lo encarnó en sus acciones. La Iglesia es el instrumento diseñado por Dios para prolongar la acción y la misión de Jesús en la historia. A través de la vida y la acción de su Iglesia, Cristo actúa ahora en el mundo. ¿Cuál es esta acción? Como Jesús, la Iglesia anuncia la llegada del Reino y trabaja para hacerlo ya tangible en la experiencia del amor y la verdad, la justicia y la paz, la alegría y la reconciliación.

La vida del Reino se puede resumir en la palabra *Shalom*, la paz que Dios anhela para nosotros y que solo Dios puede dar. Jesús es el cumplimiento de las promesas de Dios anunciadas por el profeta que esperaba al Mesías, “*En sus días florezca la justicia y la paz hasta que falte la luna*” (Sal 72). A la venida del Mesías no habrá más guerras ni conflictos que causen división, sufrimiento y muerte: “*De las espadas forjarán arados, de las lanzas, podaderas. No alzará la espada pueblo contra pueblo, no se adiestrarán para la guerra*” (Is 2,4). La nueva era estará marcada por la paz anunciada por los profetas (Is 11,1-9) y que Jesús Resucitado comparte con sus discípulos y amigos: “*Paz a vosotros*” (Jn 20,19).

Dios quiere *shalom* o paz para su pueblo y su mundo. *Shalom* significa la totalidad y el fin de la división y fragmentación ya sea en la sociedad, en el mundo o dentro de la persona. Significa integridad o cumplimiento. Es un tiempo de prosperidad, justicia y seguridad, “*cada cual habitará bajo su parra y su higuera, sin sentirse molestado por nadie*” (Miq 4,4). El reino de Dios significa paz entre los hombres, entre las naciones y con todas las criaturas de la tierra. Toda la creación de Dios estará en paz y no habrá más explotación de las personas ni de la hermosa tierra de Dios.

Jesús es el príncipe de la paz que anuncia el Reino de Dios (Is 9,5). La paz es el gran signo del Reino. Los ángeles cantan esta paz en el nacimiento de Jesús (Lc 2,14). Jesús fue enviado por el Padre para anunciar la Buena Noticia de que el Reino de Dios está cerca. Es la Buena Noticia de la paz (Ef 2,17) y su misión es ser quien guíe nuestros pasos por el camino de la paz (Lc 1,79). Quienes experimentan la salvación que trae Jesús son capaces de “*ir en paz*” (Lc 7,50; 8,48). La paz de Dios significa la curación de toda división y la reconciliación de los opositores. Es la paz que el mundo anhela pero no puede dar. Jesús es el príncipe de la paz que al morir en la cruz sanó las divisiones, reconcilió las diferencias y unió todas las cosas en el cielo y en la tierra.

En la paz del Reino, todas las personas son reunidas y acogidas; la gente experimenta el perdón y comparte la alegría de estar juntos. Ya no hay divisiones ni distinciones entre judíos y gentiles, ricos y pobres, poderosos y débiles. *Shalom* significa que no hay más motivos para la guerra o el conflicto; no más motivos de sospecha y resentimiento; no más razones para la ira y la venganza. Se ha inaugurado un nuevo orden. Es el Reino de Dios.

El *Shalom* del Reino de Dios significa que los pobres y los débiles son bendecidos, los afligidos experimentan consuelo, los pacíficos son honrados (Mat 5,3-12). En el Reino de Dios no hay división ni conflicto entre personas o naciones. Es un estado de armonía y unidad donde todos están en casa, todos son bendecidos con abundancia y todos están en paz.

Después de más de dos mil años, nos preguntamos ¿dónde está el Reino? Anhelamos la paz y el fin de la guerra aquí y ahora. El Reino de Dios todavía parece estar muy lejos de un mundo donde el conflicto, la violencia y la guerra siguen trayendo destrucción, sufrimiento y muerte todos los días. Seguimos esperando con gozosa esperanza la plena revelación del Reino. Mientras tanto, no nos quedamos de brazos cruzados. La Iglesia está en misión; la Iglesia es el heraldo, el sacramento y el servidor del Reino de Dios. Todo cristiano bautizado está llamado a ser pacificador y a trabajar por la llegada del Reino de Dios a la tierra como al cielo.

“Mi regalo para el mundo es la Paz”.

Todo el Evangelio está impregnado del mensaje de paz, desde el canto de los ángeles en Belén hasta la aparición de Jesús tras la Resurrección. Durante su última cena con los discípulos, Jesús dijo: “*La paz os dejo, mi paz os doy*” (Jn 14,27). La paz es la gran promesa al principio y la experiencia que cambia la vida de los discípulos que se encuentran con el Señor resucitado. Es el regalo de Dios al mundo de hoy a través del ministerio de su Iglesia.

“La paz sobre la tierra, nacida del amor al prójimo, es imagen y efecto de la paz de Cristo, que procede de Dios Padre. En efecto, el propio Hijo encarnado, Príncipe de la paz, ha reconciliado con Dios a todos los hombres por medio de su cruz, y, reconstituyendo en un solo pueblo y en un solo cuerpo la unidad del género humano, ha dado muerte al odio en su propia carne y, después del triunfo de su resurrección, ha infundido el Espíritu de amor en el corazón de los hombres” (GS. 78).

Incendiado por el mensaje del Concilio Vaticano II, el Papa Pablo VI acudió a la ONU como peregrino de la paz. Hizo un llamado a los líderes del mundo para que trabajen juntos por una paz duradera y el fin de todas las guerras. “*No más guerra*”, suplicó.

La paz verdadera y duradera es el maravilloso regalo de Dios. La paz del Reino transforma el corazón y nos llena de vida nueva. Pero la paz que da Jesús no es solo para el individuo. Es para la renovación de todo el mundo a partir de la comunidad cristiana (Ef 4,3).

El camino de Jesús es el camino de la paz y no de la fuerza física. En él se cumple la profecía de Isaías. Presidirá un dominio de paz sin límites (Is 9,6). Jesús se opone a la violencia y a quienes la usan. Cuando su vida está amenazada, impide que sus seguidores recurran a la espada (Mat. 26,52). Como los apóstoles, hemos sido enviados al mundo con el Evangelio de la paz.

La respuesta Pasionista.

El Mesías marcó el comienzo de la era mesiánica de *Shalom*. La misión de la Iglesia es ser signo, instrumento y prefiguración del Reino de paz de Dios en la tierra como en el cielo. Los Pasionistas comparten esta misión de la Iglesia, ser instrumentos de la paz de Dios y los indicadores del Reino.

Jesús dirigió su buena noticia sobre el Reino a la mayoría sufriente, despreciada y marginada que sufría a manos de la élite privilegiada de Jerusalén. En el corazón del mensaje del Evangelio está la historia de Jesús que sufrió y dio su vida por amor a nosotros y resucitó para darnos una vida nueva. En la Pasión de Jesús, Dios eligió identificarse con la humanidad que sufre. Cuando resucitó tras la cruz, Jesús atrajo la mirada de todas las personas hacia el sufrimiento infligido al pueblo de Dios en todas partes por los poderosos de este mundo. En la cruz, Jesús promete el amor salvador de Dios por los que sufren y son oprimidos. También pronuncia su juicio sobre aquellos que infligen sufrimiento a los débiles e inocentes. Jesús trajo el reino de amor, justicia y paz de Dios al mundo y derrocó los reinos de la violencia y la injusticia. En la cruz reconcilió el cielo y la tierra (Col 1,20) y derribó los muros de odio, violencia e injusticia que separan a las personas (Ef. 2,14).

La misión de los Pasionistas es estar al lado de Jesús en su sufrimiento. Hoy eso significa estar con el pueblo de Ucrania y todas las víctimas de la guerra y la violencia. Debemos ser testigos e instrumentos de su paz que vence toda división y separación. La internacional Congregación de la Pasión tiene comunidades en todos los continentes, en contacto con muchas culturas y religiones diferentes. Estamos en una posición ideal para participar en la gran misión de la Iglesia de ser un instrumento de paz, reconciliación y unidad. Podemos hacer esto poniendo la cruz en el centro de nuestra vida y misión y recordando las palabras de Jesús “*cuando yo sea elevado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí*” (Jn 12,32). Jesús vino a hacer la paz y a reconciliar a los hombres por la sangre de la cruz (Col 1,20).

La misión de los Pasionistas forma parte de la misión universal de la Iglesia de ser signo y sacramento de la unidad de todos los pueblos. En la *Gaudium et spes* leemos: “*La Iglesia, en virtud de la misión que tiene de iluminar a todo el orbe con el mensaje evangélico y de reunir en un solo Espíritu a todos los hombres de cualquier nación, raza o cultura, se convierte en señal de la fraternidad que permite y consolida el diálogo sincero*” (GS 92). Los Pasionistas comparten esta misión de promover la unidad de todos los pueblos y la sanación y reconciliación de todas las divisiones.

En estos tiempos, nuestra misión se ha vuelto más clara que nunca. Junto con toda la Iglesia escuchamos la llamada del Padre para reunir a toda la humanidad en la única familia de Dios. Hacemos nuestra esta visión de la Iglesia y su misión de llevar la Buena Nueva a todas las personas para la renovación y transformación del mundo entero.

La cruz es el árbol de la vida alrededor del cual todas las personas pueden reunirse para ser alimentadas, sanadas y salvadas. El gran desafío al que nos enfrentamos es encontrar las formas y los medios más eficaces para hacerlo. Continuaremos predicando el Evangelio a aquellos creyentes que se reúnan para adorar o que vengan a nosotros. Más que nunca, saldremos hacia aquellos que no conocen a Jesús o que se han alejado de la Iglesia. Recordamos que la predicación de la Buena Nueva va siempre acompañada del don de la paz (Lc 10,5).

Pacem in Terris.

La gran encíclica, última voluntad y testamento del Buen Papa San Juan XXIII, *Pacem in Terris*, abrió nuevas dimensiones de la misión de la Iglesia en el mundo. De ahora en adelante toda la Iglesia está dedicada a la promoción de la paz y el bienestar del mundo entero. También es nuestra misión. En estos tiempos de guerra y creciente tensión y desconfianza entre los pueblos y naciones, necesitamos redoblar nuestros esfuerzos e intensificar nuestras oraciones para que la paz de Dios reine en el mundo. En este tiempo, cuando naciones poderosas pueden invadir naciones vecinas y traer destrucción, sufrimiento y

muerte, proclamamos el Evangelio de la Paz y nos dedicamos al trabajo de paz, reconciliación y sanación.

Concluyo estas pocas reflexiones con las palabras finales y la oración del Papa Juan en *Pacem in Terris*.

“Pidamos, pues, con instantes súplicas al divino Redentor esta paz que El mismo nos trajo. Que El borre de los hombres cuanto pueda poner en peligro esta paz y convierta a todos en testigos de la verdad, de la justicia y del amor fraterno. Que El ilumine también con su luz la mente de los que gobiernan las naciones, para que, al mismo tiempo que les procuran una digna prosperidad, aseguren a sus compatriotas el don hermosísimo de la paz. Que, finalmente, Cristo encienda las voluntades de todos los hombres para echar por tierra las barreras que dividen a los unos de los otros, para estrecharlos vínculos de la mutua caridad, para fomentar la recíproca comprensión, para perdonar, en fin, a cuantos nos hayan injuriado. De esta manera, bajo su auspicio y amparo, todos los pueblos se abracen como hermanos y florezca y reine siempre entre ellos la tan anhelada paz”.
Amén.